La Caja de la...

«En la infancia vivimos,
y después sobrevivimos»
_ Leopoldo María Panero

Nostalgia

La Caja Books

Votos _ Iván Repila
Atrapados en Nunca Jamás _ Lucas Martín
Tecnostalgia _ J. Cormier, M. Castellano y M. Meimaridis

La Caja #01

Nostalgia

Tras una modernidad guiada por la utopía futurista del progreso sin fin, ha llegado la resaca. Una sobredosis de nostalgia por el pasado domina la posmodernidad. El deseo por volver a Ítaca, a su abrigo protector, planea sobre un presente desasosegante y un incierto porvenir. La nostalgia, el sentimiento universal que enlaza a Homero con Pessoa, que comparten un refugiado y un parado sin perspectivas, un concepto tan inefable que cada cultura lo define con su propio matiz –*saudade*, melancolía, *dor*, *sehnsucht*, *enyorança*, morriña, magua, *hüzün*, *spleen*–, se ha convertido en una de las claves para descifrar nuestro tiempo.

En la presente caja, tres libros abordan la nostalgia desde distintas orillas. El escritor Iván Repila, traducido a ocho idiomas, ofrece en *Votos* un relato adictivo, cargado de violento lirismo, en el que un hombre se ve devorado por la ansiedad ante lo perdido. Lucas Martín reflexiona en *Atrapados en Nunca Jamás* sobre las secuelas que el mito de la infancia está dejando en la generación perdida bajo la forma del peterpanismo. En *Tecnostalgia*, el canadiense Jasmin Cormier y las brasileñas Mayka Castellano y Melina Meimaridis analizan cómo la retromanía se va adueñando de la tecnología y sus creaciones. El pasado ya no es lo que era.

La Caja
Books

DL: V-1022-2018
ISBN: 978-84-17496-00-5

Votos

_ Iván Repila

La Caja
Books

Votos

_ Iván Repila

La Caja
Books

Te prometí que sería algo discreto, nada ostentoso, ya lo sé. Hablamos de organizarlo con algunos amigos, los más cercanos. Yo también quería hacerlo así, como sin darle importancia, o dándole la importancia justa, la simbólica, esa que solo nos pertenece a nosotros y que nadie más entiende. El chiste privado, la mirada cómplice cuando alguien dice algo absurdo, «¿también lo has oído?», tu gesto imperceptible, esos rituales de animales domésticos, lo sé, ese era el plan, y sin embargo...

No escucha.

Te prometí que no llamaríamos la atención, y míranos, mírame ahora. Toda esta gente escuchando lo que tengo que decir. Lo mío nunca ha sido la autobiografía, y mucho menos exponerme de esta manera; yo soy más de ficciones, ya lo sabes,

lo saben hasta ellos, de ficciones puras, sin la cuota documentalista de estos tiempos, relatos con personajes creados por mi imaginario, es un decir, tal vez construidos a partir de trozos de personas queridas, recortes de nuestros enemigos, las sobras de una conversación, el vestido de una señora que nos miró raro en el autobús. Esa pequeña usurpación que cometemos por estar en el mundo, pero ficciones al fin y al cabo. Dos niños en un pozo. Un arquitecto que pierde la cabeza. Ficciones poéticas. Porque me gustan las historias que te dejan así, con la boca abierta y el cerebro lleno de sangre, como los peces cuando los sacas del agua y les aprietas fuerte la barriga, o lo que yo creo que es su barriga, y en la vida real las historias no coagulan de la misma forma: siempre hay otro capítulo, otra llamada de teléfono, otro personaje, yo qué sé. Un respirador artificial, una máquina de diálisis, una visita al desguace... Un médico que sugiere esperar. O un tanatorio, no me importa. Me refiero a que en la vida real, en la autobiografía, abandonas por agotamiento. Te mueres de cansancio, no de emoción. Y yo he venido a este mundo a emocionarte. No solo a eso. A conmocionarte, a irritarte, a deslumbrarte, a decepcionarte. A ti y a todos ellos, a todos los que me están oyendo sin permiso. ¿Cuánto habéis pagado por estar en primera fila? ¿Merece la pena? ¿Os resulta incómodo participar, verme en este lío?

Lo siento: aquí no hay teatro. No hay ficción. Esto es de verdad.

Correcto.

Te prometí que lo viviríamos con calma, sin excesos, pero no ha sido posible. Es todo un poco improvisado porque... No es culpa mía y tampoco tuya. Ni siquiera suya.

¿Culpa mía?

No ha sido culpa de nadie, joder. ¡Es lo que estoy intentando decir! Han sido las circunstancias. No quiero avergonzarte, pero ya no sé cómo parar, no sé con quién hablar para pedirle un poco de margen, que estamos muy corridos, sí, pero hay días y días. Y hoy es uno de esos días. Perdona. Me repito porque estoy un poco nervioso. Bastante nervioso. Espera. ¿Qué día es hoy?

Viernes.

No. Qué viernes.

22 de junio.

Menos mal. Ya pensaba que me había confundido. Sigo. Quiero decir que es uno de esos días. De los luminosos. De los de silla y terraza y conversaciones que no se terminan porque nadie quiere terminarlas. De los de faltar a los talleres, fingir una enfermedad diferente cada vez, una urgencia, lo que sea. De escondernos del mundo y que el mundo pase por encima sin hacernos daño, a unos centímetros, lo justo para que sintamos su aliento de tren y su

velocidad, que te ensucie el flequillo, pero sin tocarnos. Rasparle contigo minutos a la tarde, como un sacapuntas de los antiguos. Por cada lámina que se escurre del lápiz, una hora.

Hablas raro.

Estoy usando metáforas. Es lo que hago.

No sé si se entiende bien todo lo que dices.

Ya me lo dijeron en alguna reseña. ¿Tú también haces crítica?

No.

Pues, en ese caso, me gustaría seguir.

Tienes que parar.

¿Parar? Si apenas estoy empezando. ¿La has oído? Que paremos, dice. No sabe de lo que habla. ¿Tú te acuerdas del principio?

Que pares.

No de la infancia. Hablo de nosotros, de la primera vez. Mi infancia fue una mierda. ¿La tuya no? Todas las infancias son una mierda por definición. Para empezar, no la recuerdo bien, y eso significa trauma. Trauma reprimido. Es lo que llevo años escuchando, así que debe de ser cierto. Pero tú eres la que sabe de estos temas. El trauma de la infancia. El olvido de la infancia. El lugar donde nos hicieron daño, o donde nos hicimos daño, o donde descubrimos que habíamos nacido con grietas. Algunos nacen con manchas. Otros, con grietas. En cualquier caso, basta con ver a un bebé recién nacido para comprender

EPÍLOGO

Entrevista a **Iván Repila**

Por **Paco Cerdà**

—Perteneces a una generación marcada por la nostalgia del futbolín y del recreo, de Espinete y los cromos. ¿Es eso un lujo propio de la era posmoderna del individualismo y el yo, o una condena como la de Sísifo, siempre con el pasado a cuestas?

—Creo que la nostalgia persigue a los seres humanos desde la primera toma de conciencia de que algo se ha perdido: podemos verlo en la literatura, en el arte en general, y en la memoria más reciente de nuestros mayores. Se mira hacia la juventud que un día corrió por las venas; hacia el país del que se tuvo que huir, generalmente por motivos políticos; hacia la inocencia del no saber, no conocer, no haber visto; hacia el amor que se dejó atrás, también. Somos una estirpe de animales insatisfechos, y nuestra insatisfacción se alimenta de estos delirios. Oh,

si pudiera volver atrás. Oh, si hubiera hecho esto o aquello. Hay un punto donde la nostalgia se entremezcla con el sentimiento de culpa, y es en ese caldo donde han germinado muchas obras de arte, que quizá es la que más me interesa en lo personal, porque muestra nuestras debilidades y vulnerabilidades. Pero en el caso de mi generación, centrándome en tu pregunta, se suman otros factores. Yo no lo asociaría con ese individualismo posmoderno que mencionas, sino al sentimiento de pertenencia, porque si esta nostalgia pseudoprogramada y lúdica está abriéndose camino es precisamente como ejercicio de comunicación, algo que se connmemora y se celebra entre los tuyos. La veo más festiva y alegre que sufrida, alejada de la raíz griega a partir de la cual se construye el término. Y no olvidemos una cualidad propia de estos tiempos: el excedente y su permanencia. Cuando hoy un nacido en los 70 rememora a Espinete, o piensa en los cromos de aquella colección de monstruos que tiró a la basura en su primera mudanza, por usar tus mismos ejemplos, no es igual que cuando el nacido cinco décadas antes tiene nostalgia de una república que no cuajó: basta con entrar en internet, adecuar la búsqueda y regresar, de un golpe, a todo aquello. Puedes encon-

trar los vídeos de *Barrio Sésamo,* las colecciones de cromos, los juguetes y tebeos que pasaron por tus manos, tanto en formato digital como, a un coste mayor, analógico. El ciberespacio es la mayor tienda de antigüedades del mundo, y nosotros, coleccionistas obsesivos, nos movemos en él con soltura. Por eso me pregunto: cuando el objeto de tu nostalgia está al alcance de la mano, ¿tiene sentido refrendar el discurso melancólico? ¿O el ánimo celebratorio de tantos elementos (ropa *vintage*, libros sobre la EGB, los juegos reunidos, etc.) oculta lo que es evidente, es decir, que somos una generación amnésica, fruto de un país que estuvo en pausa durante cuarenta años, y por lo tanto lo único que vemos al mirar atrás son objetos, frivolidades, canciones pop, muñecos, quimicefas? Acaso lo intuimos, sabemos que vinimos al mundo en un momento de reinicio, y necesitamos combatir nuestra soledad reuniéndonos en torno a mitos y tótems que elevamos a la categoría de paraísos perdidos. Aunque podamos comprarlos en Amazon.

—¿Qué relación tienes con la nostalgia?

—Ambivalente. Trato de esquivarla, porque en mi caso, cuando golpea, lo hace sin alegría, sin sonri-

sas. Es una nostalgia introspectiva, que no me gusta compartir y que prefiero mantener oculta al resto del mundo. Convivo con ella como con una enfermedad silenciosa, que me permite vivir, sí, pero como si anduviera cargando una mochila de piedras: me cuesta moverme, me cuesta pensar. Por otro lado, como creador, no puedo negar que esa fuerza y ese peso que la definen son un motor muy efectivo para el ejercicio de mi trabajo. Especialmente en las primeras fases de un proyecto, cuando lo que más importa es la chispa, el borrador, la escritura como un impulso incontrolable. Ahí, en ese lapso, la nostalgia, como el miedo, la tristeza o el odio, por poner ejemplos sencillos, aporta una tensión íntima, un temblor tal vez, que me permite conectar sensaciones abstractas con palabras concretas, como un vaso comunicante. Más tarde, claro, llega el orden: el oficio, el diccionario, la sintaxis y la gramática. La estructura. Pero la nostalgia es un buen catalizador de los sentidos, y sería absurdo negar su influencia. En todo caso, como señalaba antes, prefiero mantenerla alejada: soy más de mirar hacia delante, de soñar con lo por descubrir en lugar de soñar con lo perdido. Creo que es una buena muestra de cuáles son mis vicios y virtudes, como dice el rap.

Atrapados en Nunca Jamás

_ Lucas Martín

La Caja
Books

Atrapados en Nunca Jamás

_ Lucas Martín

La Caja
Books

De todas las islas maravillosas que existen, el país de Nunca Jamás es la más acogedora y sólida.

Hablamos de una distancia muy honda. De un trasunto desencadenado de la separación, de un artefacto sádico; de perfil inevitablemente acuoso, de una flor podrida. Que quede claro antes de empezar.

El sol entra en circulares remotas por la ventana, con la presión olvidadiza del invierno del sur, acompañado del ruido cercano de la autovía y de cientos de estornudos que deforman un compás que crece amenazante y al mismo tiempo dotado de una dulzura caprichosa, casi sin ton ni son, como si apenas se creyese a sí mismo en su arrebato enfermo. Estoy en la biblioteca de una facultad andaluza de las de perfil serio, una futura fábrica de ingenieros, rodeado de la generación vapuleada por la crisis, la que todo el mundo maltrata y elogia casi simultá-

neamente y a la que se le ha hecho la gran putada española de lo que llevamos de siglo: sacarla de la crisálida y obligarla a sobrevivir a la antigua, sabiendo que todo es desamparo, que acaso no pueda ser más que desamparo, brega e ilusión perdida.

Desconozco cuántos de estos hombres y mujeres que forman parte a esta hora y en esta sala de mi entorno inmediato, de mi contexto primario y físico y, por tanto, inexcusable, cuántos de este minúsculo hemisferio de estornudadores, se sienten mínimamente cómodos con todo esto; y no me refiero al hecho de que alguien, con pinta, en el mejor de los casos, de estudiante añoso, despliegue su ordenador entre ellos con un vago y de antemano fracasado propósito taxonómico, sino mínimamente cómodos con su tiempo. Y, más concretamente, con su tiempo retórico.

Cada generación tiene sus liras, su gabinete de analistas, sus cantores. Gente que trata de decir la mayoría de las veces que algo está pasando, que ese algo es exclusivo, completamente diferenciado. Y que en esta época, tan obscenamente relacionada con la expresión súbita, cero por ciento planificada, se escribe en mitad de un clima irrespirable de clichés periodísticos. La generación perdida. La generación más preparada de la historia. Un énfasis melancólico trazado a vuelapluma que justifica sobradamente la maniobra de evasión, el hecho de

que se emprenda la huida hacia territorios menos conflictivos, más confortables. Incluso en el tiempo verbal y en la adjetivación.

Durante los primeros años del siglo XXI se popularizó en España un mantra cursi, bienintencionadamente jesuita: aquello, tan amanerado, de que la crisis en el fondo no era económica, sino de valores. De ética. Podríamos decir también que de palabras. Vivimos en una crisis de palabras, en un exilio tozudo. Una crisis de palabras que exhorta a su sujeto activo a buscar refugio, a residir en un tropel de eufemismos y expresiones vacías que ya fueron, que apenas subsisten de manera ripiosa, cultivadas como el apéndice sentimental de una realidad que las reivindica y al mismo tiempo las desplaza.

La historia de este libro, que es en buena medida también mi libro, empieza por un anacronismo, por una falta de acoplamiento fundamental, la de los miles de españoles compelidos abruptamente a habitar una época que no es la suya. Personas educadas desde muy temprano para el hedonismo, para la satisfacción instantánea de sus deseos, con un sentido de la lucha suavizado y ambiguo, que, sin embargo, de un día para otro se enfrentan a la tragedia de la recodificación de su cercanía con el abismo. El mundo feliz, la indolencia seriada, ha saltado por los aires, dejando en la zona cero un lastimoso *kindergarten* de cenizas rojigualdas: estibadores sin músculo,

náufragos lloricas, estudiantes de sonrisa inviolada, parados con videoconsola. Un pueblo entero ganado por K. O., descosido de sus verdaderas coordenadas y de su naturaleza, que además asiste a la cháchara macabra de unos medios de entretenimiento y de unos bienes de consumo empeñados una y otra vez en hablar el que hasta hace muy poco era su idioma, el idioma del país que fueron, convertido ahora en publicidad engañosa, en una melodía fantasma.

La España de los *millennials* es la España de la huida, de la conmoción, del zángano; una sociedad de la que sólo pueden hablar con conocimiento de causa aquellos que han asistido en primer plano al desmoronamiento de la clase media, a la caída del cuerpo acolchado. La España que es el cuerpo, la España que es a su vez la crónica de la España que cae. Lo primero de todo es el ajuste de cuentas. La historia reciente del país, la de los días de vino y rosas, la del espectáculo grosero de la abundancia, necesita volver a ser narrada. Narrada de manera desentumecida. Sin huellas de revancha, sin alboroto edípico y procurando en la medida de lo posible que el respeto y la admiración no acaben por convocar de nuevo a la bestia españolísima, la que confunde el reconocimiento con la adoración demente, con los asuntos habitualmente endemoniados de la fe. Nadie quita méritos ni rebaja la conquista de la generación anterior. Es imposible hacerlo. Entre

otras cosas, porque, por más que la historia se acelere, jamás volverá a experimentar la velocidad y el vértigo transformador de la segunda mitad del siglo veinte, cuando nuestros padres emergieron del barro con una prisa inédita, saliendo de la España calcinada a lomos de un Rocinante cuya potencia y ambición acabaría por sorprender a sus propios protagonistas; ganando más de lo que habían soñado, rompiendo con centurias de negrura acumulada, prácticamente al esprint.

Todo lo que somos, todo lo que podemos ser, se debe sin duda a esa conquista, a ese tránsito radical, con todo su desprendimiento. Es justo asumir y reconocer la deuda. Pero eso no debería nublar nuestros sentidos y hacernos dudar de las evidencias. Especialmente, respecto al alcance de lo que fue su gran obra colectiva, que los últimos acontecimientos redimensionan cruelmente en términos de consistencia y volumen; ni el bienestar traído por la generación de la Transición fue tan rocoso, ni, sobre todo, duradero. Es más, resultó una fase de progreso impensable, pero al mismo tiempo histérica y abreviada, lo que acentúa necesariamente el contraste y la soledad de quienes nacieron y crecieron bajo el hechizo. ¿Privilegiados? ¿Señoritos? ¿Gente mimada? Tal vez. Pero también una generación experimental, sin apenas espejos, enjaulada en el palacio agrietado de su propia excepcionalidad irrepetible.

—Wendy, yo me escapé el día en que nací. [...] Fue porque oí a mis padres —le explicó él— en voz baja hablando de lo que iba a ser yo cuando me hiciera un hombre —continuó hablando con gran agitación—. Yo no quiero ser un hombre jamás —dijo apasionadamente—. Quiero ser siempre pequeño, para poder divertirme.

Hablo todo el tiempo abusando de la identificación objetiva, del plural mayestático, apelando al instinto generacional, dejando de lado por economía expresiva y argumental el baile indefectible de los dos últimos siglos, el de la individualidad, el de las diferencias. Cada miembro de mi generación es una isla atrapada a su vez en una isla mayúscula y probablemente común, y dentro de eso las variantes pueden llegar a ser infinitas: la mía incluyó hasta los 18 años a un extraterrestre, a un Marti McFly a la andaluza, a un ser que avanzaba imperturbable hacia mí desde el piélago profundo de una miríada de siglos: mi bisabuela. Todavía, y después de decenas de amantes, de una novia inexplicablemente resistente y de alguna equívoca compañera de piso, mi bisabuela sigue

siendo la mujer con la que más tiempo he compartido dormitorio. Y lo digo a lo borbónico, con satisfacción y orgullo. Basta con haber crecido al lado de una mujer nacida en 1901 para comprender que eso constituye una ventaja irrepetible.

En apenas unas cuantas décadas, mi bisabuela Francisca tuvo un aborto, perdió un hermano, vio a su marido partir al frente, fue huérfana por dos veces, expulsó literalmente buena parte de su intestino mientras maniobraba con una tinaja enorme de aceitunas, aguantó el dolor de muelas sin anestesia, el destierro y el encarcelamiento de su familia. Recuerdo a mi bisabuela, con su paso lento y arrastrado, haciendo la comida en un día terrible y de luto, decapitando sin vacilación en el patio, de un solo golpe, a una gallina.

Durante mi infancia y adolescencia hubo muchas noches en las que mi bisabuela y yo, en un diálogo con una puesta de largo vagamente militar, escuchándonos y elevando la voz desde una cama hacia la otra, alternábamos el insomnio con largas conversaciones. La costumbre sobrevivió incluso a mi ingreso en la adolescencia, cuando la habitación quedó para siempre atrincherada en dos mitades estéticas aparentemente inconciliables: la mía, con los libros de Baudelaire y los pósteres de Pearl Jam y del Che Guevara. La suya, con estampas religiosas y antiguas muñecas. Nunca, ni en esa etapa, con ella

hablándome desde su planeta laborioso y ágrafo, dejé de aprender, de percibir su inteligencia y la afinidad rotunda, inesperada. Las únicas ocasiones en las que me costaba compartir sentimientos se daban ante el relato de su vida: hablaba someramente, casi de pasada, de situaciones que para ella se incardinaban de un modo perfectamente natural, como si no pudieran no pertenecer al expediente rutinario y banal de la vida, pero que a mí me resultaban absolutamente extraordinarias y amenazantes, fuera de todo itinerario posible de repetición, congeladas en el mismo tiempo ficticio, por ajenidad y barbarie, que los relatos de terror y las pesadillas.

Al fin y al cabo, nos referimos a la orfandad, a la necesidad de buscar fórmulas que nos alejen de nuestra condición mortal, a la utopía irreductible de la conquista de la vida eterna. A la bisabuela todo esto debería de parecerle escrito en un código encriptado, en una jerga inadmisible, especialmente por la pretensión a todas luces degenerada y ridícula para ella de tratar de burlar algo que es tan real y que está tan presente a diario como el movimiento de nuestras extremidades o el hecho enjundiosamente banal de abrir y cerrar los ojos. No hay manera de escapar de la muerte, no hay manera de no morir, de no sufrir. Lector, tú y yo, aquí y ahora, estamos muriendo, moriremos. Este quizá sea el mensaje central de este libro. Lo cual incita monu-

Tecnostalgia

Del filtro retro a la nostalgia en Netflix

_ Jasmin Cormier, Mayka Castellano y Melina Meimaridis

La Caja Books

Tecnostalgia

Del filtro retro a la nostalgia en Netflix

_ Jasmin Cormier, Mayka Castellano y Melina Meimaridis

Prólogo de Álex Zahinos

La Caja Books

ÍNDICE

p. 7 **Prólogo**

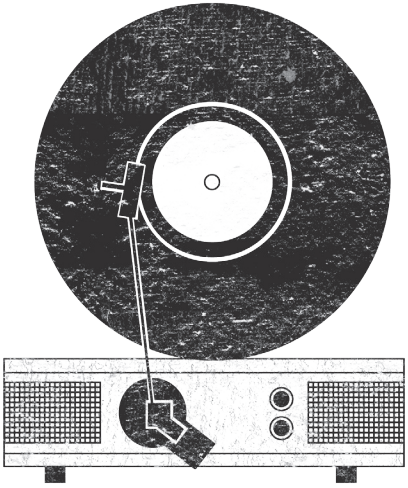
p. 21 **I. La ideología del filtro retro**
p. 23 Introducción
p. 27 De la primera fotografía móvil al fenómeno mundial
p. 33 La era de la retromanía
p. 37 Cambio de función de la fotografía
p. 41 La puesta en escena retro y de falso *vintage*
p. 47 Una nostalgia posmoderna
p. 55 La búsqueda de autenticidad
p. 61 El síntoma de una crisis de época
p. 65 Una forma de resistencia
p. 71 Conclusión

p. 75 **II. Nostalgia en serie: el caso Netflix**
p. 77 Introducción
p. 83 Memoria y repetición en las series americanas
Un medio afín a la reposición
El terreno abonado de la posmodernidad
p. 95 Una nostalgia de algoritmo
p. 103 *Las chicas Gilmore* a través del tiempo
p. 113 Consideraciones finales

p. 119 **Referencias tecnostálgicas**
p. 123 **Referencias en serie**
p. 126 **Series citadas**

PRÓLOGO

Álex Zahinos



En la caverna, con luces led

Hace un tiempo mi hermano pequeño encontró una vieja Pentax analógica que había quedado sepultada entre el material arqueológico de la familia. Pasó días estudiando el aparato, localizó tiendas de carretes, se compró una correa colorida y salió de casa con el cachivache colgado al hombro. Esa época coincidió con el inicio de la fiebre digital de mi padre, a quien le habíamos regalado una tableta sin esperar demasiado entusiasmo de vuelta. Nos equivocamos, por supuesto. A través de su nueva y manejable amiga, mi padre accedió a un universo que había permanecido precintado hasta entonces. Su fascinación se puede resumir en las semanas que pasó observando el crecimiento de unos polluelos de halcones a los que habían colocado una webcam junto al nido, en la cornisa de algún punto de otra ciudad.

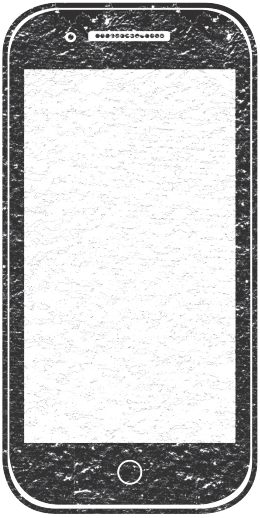
No tardaría en producirse un choque generacional en la familia. Lo curioso es que el joven *millennial* acudió

a la discusión armado con una vieja Pentax, mientras que el representante del *baby boom* llevaba su tableta de última generación. Y fue este último el que renegó del artilugio descatalogado que estaba usando su hijo, incapaz de comprender por qué gastaba energías en una tecnología desfasada, lenta y cara. El tradicional abismo de incomprensión entre generaciones, pero con los protagonistas en el lado opuesto al que se les supone. Comprendí entonces dos cosas: una, que la nostalgia fabricada en los centros comerciales es una trampa en la que no han caído nuestros padres; dos, que desandar años de progreso tecnológico no ha reducido la brecha generacional. Porque no se trata de una brecha, sino de dos polos idénticos que se repelen con ganas.

Hemos de reconocer que la actitud de nuestros mayores es mucho más coherente con la idea de progreso. Ellos empujaron con entusiasmo hacia delante y luego, aunque en ocasiones a regañadientes, animan desde la grada a quienes hemos cogido el relevo. Nosotros, en cambio, parece que nos hemos aburrido del progreso y hemos adoptado un tic molesto y cruel de superioridad intelectual, como el que se desmarca de los momentos de apoteosis colectiva para apuntar que una película no vale nada comparada con alguna otra, que la pizza no se parece a la que comíamos en algún otro sitio, que estas fiestas no son como las que hacíamos en cualquier momento anterior. Variaciones del clásico «ya no se hacen coches como los de antes», que practicaban nuestros abuelos. Aún es demasiado pronto para que nos convirtamos en nuestros abuelos. El futuro es para nosotros

I. La ideología del filtro retro

Jasmin Cormier



Introducción

Una sobredosis de nostalgia domina el siglo XXI. Así lo reflejan numerosos autores, ensayistas y periodistas. Y no sorprende. Nuestra época se caracteriza por un desbocado interés por el pasado y todo lo asociado a él. Los aparatos viejos, las antigüedades *kitsch* y *vintage* o las relecturas y *remakes* de obras culturales del siglo XX han adquirido una popularidad enorme tras el cambio de milenio.

El sentimiento nostálgico, sin embargo, no es inmutable. Al contrario, varía y se transforma constantemente en función de cómo evoluciona la sociedad. La apariencia que ha adoptado la nostalgia en el siglo XXI dista mucho de la nostalgia de otros tiempos. Ya hace algunos años que se viene observando el surgimiento de una forma particular de nostalgia: una que se articula principalmente en torno a las tecnologías obsoletas de antaño, que han sido sustituidas por la tecnología digital.

Esta corriente, denominada a veces *tecnostalgia,* se distingue por extraer del pasado una estética inspirada en las tecnologías predigitales ya en desuso. Sus seguidores se presentan como consumidores de artefactos tecnológicos obsoletos, ya sean auténticos aparatos *vintage* o imitaciones digitales de estilo retro.

Esta nostalgia por las tecnologías del pasado abarca múltiples aspectos, adquiere formas diversas y se expresa en multitud de campos. En el terreno de la música se hace evidente, por ejemplo, con el uso de sintetizadores digitales de sonoridad retro que permiten simular el sonido de los años ochenta. También se recurre a *samples* de discos de vinilo con el propósito de dotar de aura *vintage* a una canción. Este mismo fenómeno se detecta en el mundo de los videojuegos, especialmente a raíz de la reciente proliferación de videojuegos de inspiración 8bit. Aunque han sido creados en nuestra época, la apariencia pixelada de su imagen ha sido diseñada artificiosamente para que recuerden a los que se desarrollaron en las últimas décadas del siglo XX. Tampoco puede obviarse el *retrogaming,* ese interés creciente por las videoconsolas y las máquinas recreativas de arcade de los años ochenta y noventa. Tan alta es su aceptación que la empresa Nintendo ha vuelto a sacar al mercado una versión actualizada de su clásica consola NES, aparecida a principios de los noventa. Esta tecnostalgia también tiene ecos en internet. Lo atestigua la fama alcanzada por la corriente de páginas llamadas *brutalistas.* Estas webs, que calcan la estructura de las primeras páginas de los años noventa, constituyen una forma de diseño retro y nostálgico.

Sin embargo, no se puede abordar el tema de la tecnostalgia sin evocar aquella que tal vez sea su forma más extendida y popular: la fotografía retro captada con un teléfono inteligente y alterada con aplicaciones de tratamiento de imágenes. Esta fotografía, gracias al uso de aplicaciones como Instagram, se caracteriza por un aire retro y *vintage* que la asemeja al de la impresión fotográfica analógica. Ya no sorprende ver en los perfiles de Facebook o Instagram daguerrotipos simulados, falsas diapositivas o imágenes tipo Polaroid creadas de un modo puramente digital.

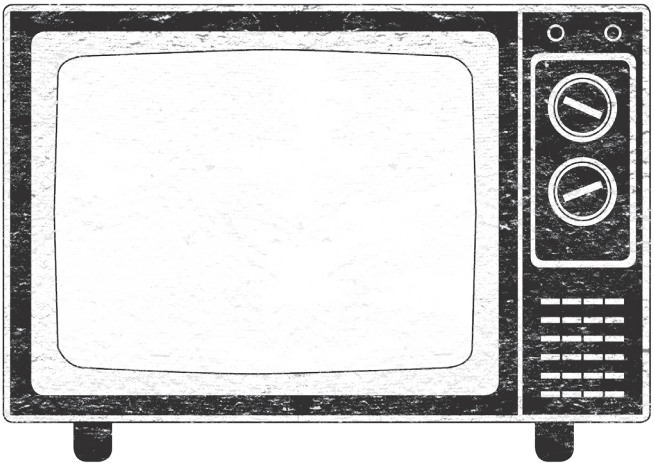
El presente ensayo reflexiona sobre esta práctica fotográfica de estilo retro. En concreto, indaga acerca del fenómeno de la nostalgia tecnológica en el seno de la fotografía de móvil. Busca así responder a una cuestión que atañe a cualquier persona interesada en este tipo de fotografía y en el auge de la nostalgia entre las nuevas generaciones: ¿por qué usamos los filtros retro?

Dada la magnitud que ha adquirido en los últimos años el fenómeno de la fotografía móvil, también llamada movilgrafía, debería ser ya considerada un hito en la historia de la fotografía. Esto sería ya razón suficiente para centrar en ella nuestra atención. Pero además, al enmarcarse en el contexto más amplio de la nostalgia endémica que define nuestra era, comprender la fotografía móvil de estilo retro puede abrirnos la puerta que nos permita entender mejor, en su conjunto, el fenómeno de la tecnostalgia.

II. Nostalgia en serie

El caso Netflix

Mayka Castellano y Melina Meimaridis



Introducción

En griego, nostalgia significa, literalmente, «el dolor de una herida antigua». Es una punzada en el corazón mucho más poderosa que un simple recuerdo. No es una nave espacial, es una máquina del tiempo. Va hacia atrás, hacia delante nos lleva a un lugar al que nos resulta doloroso volver.

(Don Draper, *Mad Men*, 01x13).

Don Draper, el exitoso publicista que protagoniza *Mad Men*, serie señalada como nostálgica tanto en el ámbito estético como en el narrativo, conoce bien el «poder» de la nostalgia. En efecto, etimológicamente, la palabra es una combinación de los términos griegos *nóstos* (retorno) y *álgos* (dolor); con ello, la nostalgia es definida como un dolor causado por la añoranza del hogar o de la patria. De hecho, en una de sus primeras utilizaciones, alrededor

de 1688, este término sirvió para describir una especie de melancolía que los soldados suizos sentían cuando luchaban en el extranjero. Así, la aparición de la palabra está unida a la construcción de una patología, asociada a una sensación particular (*heinweh*, *saudade*, *desiderium patriae*), que luego se incorporó al vocabulario médico y a las listas de clasificación de enfermedades. La nostalgia, por lo tanto, inicialmente designa un tipo peculiar de melancolía: no la que nace de la privación de un objeto amado (dolencia ya catalogada por la medicina de la época), sino la que provoca el alejamiento del hogar.

La entrada del vocablo en el léxico de uso general se produce, sin embargo, en el siglo XIX: Jean Starobinski destaca que el término aparece ya en el *Dictionaire de l'Académie* en 1835. Esto es significativo, porque marca la transición de un uso técnico del concepto en el campo de la medicina a un uso cultural, ligado a las prácticas literarias y, por lo tanto, más general. Según el autor, quien se remonta al origen de la palabra como un sentimiento vivido de forma más intensa por los soldados suizos, «ese mal [inicialmente] provinciano se convertiría en una entidad universalizable».[1] Al alejarse de su aplicación específica a una condición patológica, la nostalgia pasó a ser asociada, cada vez más con mayor frecuencia, a una especie de trastorno íntimo vinculado a la memoria.

De forma más reciente, se han multiplicado las alusiones a una «cultura de la nostalgia» o a un «*boom* de nostalgia». Ello marca un cambio en la propia percepción del término, que deja de referirse a un sentimiento negativo, originariamente relacionado con la guerra, y

pasa a connotar algo potencialmente bueno, vinculado con el recuerdo o la recuperación de un pasado más o menos distante. Esta acepción de *nostalgia*, que amplía el sentido anterior, ya está presente, por ejemplo, en diccionarios como el *Diccionario Houaiss de la Lengua Portuguesa*, que ofrece la siguiente definición: «añoranza de algo, de un estado, de una forma de existencia que se dejó de tener; deseo de volver al pasado». En cualquier caso, según este mismo diccionario, el término puede ser entendido de una forma todavía más amplia, como un «estado melancólico causado por la falta de algo».

Es este el contexto en el que hay que enmarcar la reciente proliferación en la producción televisiva estadounidense de obras consideradas «nostálgicas». En algunos casos son producciones que presentan momentos histórico-culturales del pasado, como *Masters of Sex* o la ya mencionada *Mad Men*, que se sitúan en la década de 1960; *The Americans* o *The Get Down*, en la de 1980; y la *sitcom Fresh off the Boat* o el drama *Hindsight*, con tramas ambientadas en la de 1990. En otros casos se trata de relecturas de producciones previamente exitosas, como la serie *Rush Hour*, adaptación de la película homónima de 1998, o incluso del regreso de producciones ya concluidas como *Expediente X*, que en 2016 tuvo seis episodios nuevos después de pasar trece años fuera de antena, o *Twin Peaks*, que en 2017 volvió con dieciocho episodios casi tres décadas después de su emisión original.

Es importante aclarar que aquí no se trata únicamente de la representación de un tiempo pasado más o menos lejano, algo que hacen de manera sistemática las produc-